GUTIÉRREZ ALBELO.

CAMPANARIO DE LA PRIMAVERA.

CUADERNILLO POÉTICO

ISLA DE TENERIFE

1930.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

FCJA 9.234

gvtiérrez albelo

CAMPANARIO DE LA PRIMAVERA

ISLA DE TENERIFE

1 9 3 0

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Libro de iniciación, ahora...
Con que temor te lanzo, libro.
Dios quiera que seas grato
a mis pocos amigos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Para mirar con alegría

Yo no quiero que rueden mis ojos sobre el mundo
como boliches fríos.
Por el contrario, quiero
que claven su aguijón en la flores del mundo
—coleccionistas insaciables de las mieles del mundo...

Y hoy me he puesto unos ojos nuevecitos
para mirar cómo por vez primera
los cuadros repetidos...

Hada Buena: haz que nunca
se me rompan ni manchen estos vidrios
para mirar las cosas
con la alegría de los niños.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2020

Mi maestra de estética

A Fernando de Torres Díaz

Mi maestra de estética es esta viejecita
campesina.
Que con frecuencia me visita.
Y que me da los buenas días
—siempre en la misma letanía—
como una de esas proseras
antiguas.

Sí, mi maestra de estética
es esta viejecita.
Que me dice cosas tan lindas.
(Como esta:
—¡Que bellas lluvias han caído, niño!—)
Oyéndola,
el corazón—rojo panal—
me rezuma sonrisas.

Mi maestra de estética es esta viejecita.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Capullo de silencio

A Antonio Oorta.

¡Cómo aumenta sus oros!
Pero siempre que tú, fatal Madrina,
me lo transformas en un cascabel...
suena dentro una lágrima.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

El juguete nuevo

Despierta la experiencia
al alma por el sentido,
y el concepto recibido,
comparado al ofrecido,
es causa de nueva ciencia.

(Metro IV, Libro V de "Los Cinco Libros de la Consolación de la Filosofía". – Traduxit, Don Estéban Manuel de Villegas.

1

Hoy he vuelto
a colgarme
trapos negros.
Que mi pelota de colores
se desinfló en las zarzas del sendero.
Pero ha sido un momento.
El corazón
—esperanzado y terco—
aún abierta la herida,
ansia proseguir su interrumpido juego...

2

Para esta vez, te inflaste con humildad, anhelo.
Tu parto ha sido un globo de espuma —sin engaños.
Un globito de espuma que has regalado al Viento...

Oh juguete de ahora.
Juguete de este niño que me salta en el pecho.
Juguete sin traiciones en el día de miel.
Concreción de mi Verso.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

—Aúpate hacia el Sol, mi globito de espuma.
Aúpate en las olas de este día moreno.
Bien sé que estallarás sobre mi frente.
Pero —también— que, antes, cazarás mi consuelo
en la eptacorde lira de colores
que Apolo pulsa desde el alto Cielo...

—Aúpate hacia el Sol, mi globito de espuma.
Aúpate en las olas de este día moreno.—

3

(Abre sus alas en mi atril, el Libro
de las Consolaciones, de Boecio.)

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y el corazón

Yo no se todavía
como llegó la ola inmensa
de este júbilo nuevo.
Igual que en el milagro de una resurrección,
hoy levanto la losa de mi sepulcro negro.
He tapado mis llagas con puñados de risas,
he encendido mil versos en la ribera oscura...
Y el corazón, desnudo,
lo he clavado en los picos de la estrella más alta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Canción de mi fortuna

¡Qué repleto de monedas
azules tengo el bolsillo!
Puedo comprar todos los prados
y todos los caseríos.
Y la esquilita de la Ermita,
que tan dulce suena en mi oído.
Y la posada de Teresa,
la más hermosa del camino.
Y los ojos de Teresa,
dorados cómo los trigos.
Y las flores de todos los jardines.
Y las sonrisas de todos los niños.
Y tantas cosas más, que a enumerar no sigo:
pues el papel a los poetas nos cuesta caro
—como bien dices tú, Francis Yammes amigo...

Cuantas cosas puedo hacer mías,
Dios mío!
¡Que repletos de monedas
azules tengo el bolsillo!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Campanario...

Campanario!:
también en mi corazón
alguien, está repicando.

Amapolitas, violetas,
madreselvas y geráneos,
¿hasta vosotros no llega
mi corazón dilatado?

Todo vestido de risas,
saltando,
—¡cómo un chiquillo!—
se me ha ido por el campo...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

María Silvestre

—Después que te ví, he soñado
hacerme pastor, lo mismo
que don Alonso Quijano.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Noche de Paz...

Noche de paz, en la aldea.
Ya rie toda la orquesta;
y las estrellitas tiemblan,
pues temen que las recorten
los grillos, con sus tijeras.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Retrato de Juan Ramón

J. R. J.
Emisora del Cielo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Girasoles

—Decidme que hora es,
áureos relojes de la primavera.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Tono Menor

Oh este ocaso tan dulce
—gusanillo de seda—
El mismo se fabrica su sepulcro.
de cristales violeta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Mañanitas en la Aldea:

el alba moza me ordeña
su jarro de leche fresca.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Maese Satanás

Esta chiquilla elástica y morena
me recuerda el sabor de una pastilla...
De una fruta, tal vez...
Menta, frambuesa, guinda;
fresa, acaso, silvestre y en agraz...
Inquietadora golosina
que alborota mis gulas de lobezno,
pintando en mis pupilas
una llama muy negra
y retorcida...

Ahora mismo, ha cruzado ante mis ansias,
como todos los días:
repartiendo las violetas de sus ojos
y la granada —en trozos— de su risa...

Maese Satanás, ¡cómo me tientas
con esa golosina!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Leyendo a Francis Yammes

Leyendo a Francis Yammes,
voy por la carretera.
Hacia el sitio de siempre, el de todas las tardes...
Coleccionista de crepúsculos,
quiero tener la colección completa:
¡oh los crepúsculos de esta primavera!

He tomado mi abono de butaca silvestre.
Aquí, bajo este árbol jóven.
Que yo plantara de chiquillo...
Oh este árbol alegre,
solitario...
Merece un verso mío.
(Si, don Manuel. Y siempre...)

Ahora cierro el libro. Ya se abre el telón.
Otro nuevo crepúsculo...
La noria de colores alegremente gira.
Y la tarde, la tarde
ciñe a su carne azul un mantón de manila.
(¡Embriaguez cuotidiana de mis ojos de niño!)

Mutación a la vista.
El "alegro" ha finado.
En un tono menor, sinfoniza el violeta.
Ya se nos va acercando la enlutada Princesa.
Y en su honor, la Ciudad
enciende el homenaje de sus rosas eléctricas.
Desde aquí, resplandece, como una cruz de estrellas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Retorno.
De los ojos me cuelgan
—todavía—
las flores del crepúsculo. Sobre mi pecho canta
el libro de poemas.
Esta es la hora en que regresan
las aguadoras jóvenes
con sus cacharros a la cabeza.
Pasa, también, un carretón cargado de pereza.
Pasa un mendigo anciano,
con traje de tristeza.
Pasan unas chiquillas y una canción ingenua,
unos golfos greñudos y unas palabras feas...
Pasa Antonio María —como una cuba rota—,
recitando pasajes de dramones antiguos
y de viejas zarzuelas.
(Este Antonio María anacreóntico
que ha enseñado a leer a las gentes labriegas)
Pasa un verso, también, en la brisa risueña...
Paso yo...

¿Y que es toda esta cinta, sino otro poema
de Francis Yammes puro,
en este día que nos deja!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Nocturno Mocero

Copla y copla, noche y noche.
Al mástil de la guitarra
se me ha enredado de pronto
el rosal de la mañana.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Amor 1.°

Tú aún jugabas con muñecas.
Y yo hice una cometa
—en forma de corazón—
que se enredó en tu azotea.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ana Isabel

Ana Isabel... ¿recuerdas?
Tú fuiste la mujer primera
que volcó miel y lágrimas
en el cántaro rojo del corazón.
(Entonces era una mañana clara,
una balada transparente...)

Empapada de tiempo y de distancia
se acerca a mí tu evocación ingenua.
Te vuelvo a ver camino de la Escuela.
Con tu vestido blanco.
Y con tus largas trenzas...
¡Ay el encanto bruno de tus trenzas!
Con sus lacitos blancos en las puntas,
las imagino 2 serpientes negras.
Devorando tus mariposas de inocencia...

Ana Isabel, Ana Isabel:
al recordarte,
añoro yo también
mi adolescencia.
Me veo igual que tú, de colegial,
con mis libros de texto bajo el brazo
y con mi traje azul de marinera.
Yo era entonces un chico flaco y triste
que se secaba imaginando penas...
De pronto, ¡tú!, que llegas.
Como una brisa buena...
Ana Isabel, Ana Isabel de abril...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ana Isabel, ¡cuantos recuerdos saltan
ahora, como de una caja de sorpresas!
Mil nostalgias revuelan
en torno a mi colmena.
Y de mi arquilla abierta
brota un aroma de melancolías
con el hallazgo de unas rosas viejas.

Oh quién volviera a mi jardín del alba,
Ana Isabel morena,
de abrillantados ojos que me hicieron poeta.
Ana Isabel que fuiste la mujer primera
que me untó el corazón con miel y lágrimas...
Ana Isabel, Ana Isabel abril...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Poema de una Mariposa

A Juan Manuel Trujillo.

Es uno de esos cuadros que dicen tan ridículos.
Pero que a mí tanto me gustan.
Como a ti, Juan Manuel.
Sí, es uno de esos cuadros
que se ven en los bazares y en las perinolas de las fiestas.
Sobre un obscuro fondo —recortada—,
una gran mariposa de alas de paraíso...
Nada más. Eso es todo. Un chorro de frescor
ahuyenta el ave turbia,
fatigosa,
que se posó en mis ojos.
Mis ojos infantiles! Todo el día,
volteando estuvieron
por este pueblo campesino
endomingado de un fiesta triste.
Vanamente.
Sin encontrar un ramo de venturas.
Y ya iban a marcharse —desolados—,
cuando he aquí que se agrandan como rosas de júbilo.
Mis ojos infantiles! Ahora clavan
su alfilerazo dulce
sobre esta mariposa de fulgores.
Con tanto amor, Dios mío,
que —si ella pudiera—
se vendría a posar sobre mi corazón.
Con las dos alas extendidas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Alegre estoy, alegre.
Como rapaz con un juguete nuevo...
Oh juguete de brillos
—de brillos amarillos y verdes y rosados
y morados y azules...)
¡Monstruosa mariposa de encantados jardines!

(Su cazador anónimo
debe lucir un alma toda limpia.
Y fragante.
Como un amanecer de primavera.)

Alegre, alegre estoy.
Todo, por este cuadro que dicen tan ridículo.
Pero yo me lo traje —bajo el brazo—
como un tesoro de alegrías.
Como si fuera un libro de mi poeta predilecto...
Sí, con él bajo el brazo, me he llegado hasta aquí.
A este suave rincón.
Para mejor deletrearlo, a solas...
Y ahora no sé que hacer con él, contigo,
mariposa de encanto.
Tal vez, te clavaría
sobre la cabecera de mi lecho. Tal vez...
Pero allí mi abuela Rosa
colgó una ingenua estampa de la Virgen del Carmen.
Sinó, te clavaría sobre mi cabecera.
Porque nada
podría contra tí
la otra mariposa de negruras,
la *Atropos Acherontia* de los malos instantes...
Sinó, te clavaría sobre mi cabecera,
mariposa de mágicos jardines,
desmesurada mariposa alegre.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Forastera

¡Cómo me ha conmovido el vendaval
de tus risas y de tus ojeras!
¡Que guapa eres, forastera!

Esta noche
yo robaré todas las flores
de los jardines de mi pueblo.
¡Para alfombrar tus pasos, forastera!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Elegía de la Amistad: Joaquín Espinosa

¡Que triste —para mí— esta noche de fiesta!
En un rincón, escancio un *wisky and* lágrimas.
Y es que, en esta visita que hago al pueblo,
a recibirme sale
el recuerdo
de aquel muchacho ágil
que yo llegué a amar tanto.
Aquel fino mancebo
que siempre estuvo con nosotros
en todas estas cosas de alegría...

Pobre Joaquín! Ya, nunca, has de chocar
tu vaso con el nuestro.
Que, en una tarde fea de diciembre,
—a hombros— te hicimos el camino serio.

¡Jóven rosal de risas, sepultado
bajo terrones negros!

2

Buen amigo, Pinocho (como yo te llamaba):
yo no creí que *aquello*
fuera *cierto:*
Pinocho —ya—, tan quieto.
Pinocho —ya—, tan serio,
—de palidez vestido—
bajo los nubarrones del invierno.
Ay, *aquello*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

era una broma más —una broma macabra—
del alegre mancebo.
(Y creí que Pinocho saltaría
del ataud, risueño.
Y a todos nos daría un fuerte abrazo.)
(¡Sus abrazos graciosos, *pinochescos!...)*

(...Y el salto fue tan alto que se ha quedado ahí, clavado en los luceros...)

—Amigos: esta noche
de recuerdos,
elevando al Azul
el vaso nuestro
(por Joaquín
—por la salud eterna de Joaquín!—),
con seriedad, brindemos.

3

(¡Joven rosal de risas, sepultado
bajo terrones negros!)

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cótel Fonético

A esta hora, en la plaza,
me pongo a cazar todas las voces
de la noche mágica.

Desde la torre alta
ruedan 9 campanadas.
Se acalora la discusión
de los grillos y de las ranas.
Mi amigo el ruiseñor echa a la Luna
su fresca serenata.
Se oye el verso monótono
de una fuente cercana.
Se oye el rigodón de las acacias
que con el aire de la noche bailan.
Se oye la voz de plata
de Candelarita
que dice al piano
la *Leyenda Valaca*
de Braga.
Se oye la radio del Casino
con su voz asmática.
Se oyen —algo lejos— los ensayos
de la Banda,
que un pasoble pinturero ataca.
Se oye —también— una guitarra,
y la cinta alargada
de una copla.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Se oye a la chiquillería
jugando a *guirgo*. Se oyen unas palabras
de unos señores graves, hablando de negocios.
Se oye una infantil voz de balada:
Yo soy la viudita del Conde Laurel...
Se oye el escape de un motor cercano
y majadero, que de aplaudir nunca se cansa.
Se oye el coqueteo de las rosas
y el martirio sangriento de un clavel
enamorado de una estrella pálida...

Se oyen mil voces más, tan desvaídas
que ya no intentaré catalogarlas.
Y —dominándolas a todas—,
el corazón, que canta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Tus ojos se me pierden

Tus ojos se me pierden
tras no sé que brumosos laberintos.
Tus dulces ojos verdes.
Si acaso, los encuentro:
borrosos y lejanos.
Cómo a travez de un empañado sueño.
Con aquel brillo malo
que tenían, a veces.
Como de sirenas.
Como de reinas asesinas.
(Alguna de esas reinas fabulosas
que conmovieron mi jardín del alba.)

Ay tus ojos, perdidos
tras no sé que brumosos laberintos.
¡Tus dulces ojos verdes!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Se asoman curiosas

Atropelladamente,
las flores de esta tapia
se alongan para verme.
Todas me reconocen
y me dan sus abrazos mareantes.
(Oh las flores de entonces
en el jardín de nuestro amor, cerrado)
Sí, se asoman, curiosas,
a ver que cara tengo,
después que te he perdido entre la niebla.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Versos a Diabolina

¡Cómo me turbas, Diabolina,
juguete elástico!
Con tu reir,
y con tus saltos.

Todos los días juegas
con mi corazón, al *diábolo*.
Y, unas veces, lo tiras tan alto
que en un zarzal de estrellas
se me queda clavado.
Y otras, si me miras, te distraes tanto
de tus juegos...
que me lo dejas caer en el fango.

Ay Diabolina, Diabolina:
con miel en el cabello alborotado,
con aceitunas en los ojos,
con guindas en los labios...
Y, el rojo tulipán del vestidillo,
sobre un marmóreo tallo.
¡Ay Diabolina, Diabolina,
que ganas de jugar me han dado!
¡Que ganas de jugar contigo
en esta primavera del ocaso!
Y, en la cuerda de un verso
—*como si fueras otro diábolo*—,
darte 1000 y 1000 vueltas...
Para lanzarte por encima de todos los tejados...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

tan alto, tan alto,
que pudieras cortarme
el durazno
brillante
de este ocaso.
Y la naranja de la Luna.
Y las margaritas del celeste prado...

(¡Y que dulce ha de ser cuando resbales
por el cordón moreno de mis brazos!)

Ay Diabolina, Diabolina:
con miel en el cabello alborotado.
Con aceitunas en los ojos.
Con guindas en los labios...

¡Ay Diabolina,
fiesta del Verano!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Corazón de juguetería

que compré ayer
en el bazar de tus sonrisas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Allegro Apassionato

Tarde pasada aquí, frente al Atlántico.
Un aire melancólico de flauta
barre la rosaleda del crepúsculo.
Se enlutan suavemente el cielo, el mar,
el caserío de colores...
Mas, de súbito, estalla —en un «crescendo»—
la risotada esplendorosa.
Florece entre las sombras
una mágica
primavera de luces...
Y ahora es un «allegro
apassionato». Ahora
desgarran la negrura de los muelles
inmóviles guirnaldas de amarillos
y encarnados y verdes
y azules farolones.
Sobre la mar arrulladora
—fabricándole un traje de fúlgidas escamas—
se enredan los reflejos
de arriba, de la tierra, de las embarcaciones.
Y ahora es un «allegro
apassionato». Ahora,
las bacantes marinas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

hunden sus vientres dulces en las quillas.
De los huertos cercanos
llega un navío de perfumes
en el aire salado.
Igual que corazones encendidos
palpitan las farolas,
y una canción ardiente y marinera
en el aire se enrolla.

¡Rosina!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pescador

¿Tú, pescador? Yo, poeta.
Toma un verso de carnada
y péscame una sirena.

© Dal documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Fiesta

La piñata del crepúsculo
se ha abierto sobre las aguas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Elegía de color

Entre las mallas cautivo,
está dando saltos locos
de gimnasta el pecesillo.
A cada salto, parece
que se muda de vestido,
funámbulo y transformista,
viviente estuche de vidrio
que en mil colores se quiebra
bajo solares cuchillos.

A todos lados se agrandan
sus asustados ojillos.
Pero es tan linda la fiesta
de colores y de ritmos
que no hay un hueco siquiera
para llorar su martirio. (I)

Ya se torna vacilante
su saltar estremecido.
Su primavera se mustia
clavada de calofrios.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Por fin, se apaga la fiesta
policroma, en un latido.
Violada esponja de muerte
borra los colores vivos.

(I)

Ahora, tú, caro Andrés,
construye en un verso limpio
su elegía verdadera,
sin colores y sin brillo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

VALS

La mar estrenó esta noche
un traje de lentejuelas.
Y ahora baila que te baila
bajo las altas linternas.

Yo quiero danzar contigo
—Oh, mi novia marinera!—
(En tus senos de cristal
voy a doblar mi cabeza).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

AGITATO

Las olas
—yeguas blancas—
se desbocan
contra el acantilado de la playa.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Poema de una calle

Calle
pequeñita,
retorcida
y estrecha;
que tiras siempre de mis pies...
¡Te amo!
Oh calleja
salada,
calleja
guapa,
calleja
novia...
¡Humilde y recatada callejuela!

¡Cómo te enrollas
—cinta
de perfume y de sombra—
sobre mi corazón!
Y es que sabes que un día, lo abandoné a *tu encanto*
como un clavelón más de ese ventano
que estalla en una risa roja y fresca...

(Te he untado
en mis ternuras
tanto, tanto,
que me amarás —sin duda— un poquitín, calleja.)
Tus arcaicas casonas se me abrazan,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

vestidas de carne nueva.
Mas, sobre todo, esta casucha,
fea;
pero que en simpatía se me enreda
como una chica morenucha y chata...
Ay, la casucha fea.
Con esa enorme puerta.
Y ese ventano
—chiquirritín; cuadrado—,
donde asoma la niña
rubia que borda en sedas.
La de los labios como 2 cerezas.
La de los ojos como 2 violetas.

¡Oh! Da gloria mirar a ese ventano.
Con su fondo tan suave y su florido marco.
Nos parece algún cuadro,
una estampita ingenua
que alguien ha colgado
en las paredes renegridas, viejas.

¡Oh que guapa es la niña que borda en sedas!
Asomada al ventano.
Como una virgencita
dentro de su hornacina...
¡Oh que guapa es la niña
rubia que borda en sedas!

2

Humilde y recatada callejuela,
empedrada de almendras:
de andarte y desandarte tanto
ya conozco tu vida, paso a paso...
Si te vistes de domingo, te enlutas de repente.
Pues no veo a la niña rubia que borda en sedas...
Por eso, te amo más en traje de faena.
Con tus corrillos de comadres en las puertas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Con tus puñados de rapaces que corretean.
Con tu estampita iluminada, en alto:
la niña que borda en sedas.

Te amo tanto, calleja
que quisiera
—para toda la vida— retenerte.
Guardarte —bien doblada— en mi cartera.
Sí, yo quiero guardarte en mi cartera.
Para que no te alejes nunca
de mi lado.
Aunque yo tenga
que alejarme de tí...
Para que, cuando quiera
sacarte desde el fondo del recuerdo,
te desdoblen mis manos,
y mis ojos
deletreen tu encanto...
cual si fueras
la dulce carta
de una novia muerta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Dulce Blanca María

Con su faustuosidad y su novelería,
llegarán esta noche los 3 Reyes
del fabuloso Reino de la Juguetería.
Tendrán alojamiento
en alegres palacios deslumbrantes de sueños:
las inefables testas de la chiquillería.
Y el alba jubilante será un algarabía
infantil, una fiesta.
(Y también, una pena.
Porque ¡ay, María Blanca!:
cuántos zapatos rotos
—barquillas de ilusión y de naufragio—
dejarán que se escapen los juguetes
por su feo reir.)
Dulce Blanca María, dulce Blanca María:
hace un buen puñadito de diciembres
que no sueño en la pelota de colores.
Ni en las peonzas musicales.
Ni en el caballo de madera.
Ni en el sable de hojalata.
Ni en el cornetín chillón y fanfarrón.
(Pero sé que esta noche me traerán los Reyes
de lejanos países,
una princesa rubia, dulce Blanca María.)

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Poema del Mercado

1

Todas las mañanitas de Dios iba al Mercado
—carrousel de colores, de ruido y de perfumes
en la ciudad morena.

2

Qué bello era el Mercado, a la mañana!
Con los idilios de soldados y domésticas.
Los carricoches de verduras.
Las *guaguas perreras.*
Los bazares humildes.
La música pregonera
de la chiquillería de la prensa.
Y esas voces morenas
de los napolitanos
—vendedores de telas—.
Napolitanos dulces como niños,
de azules camisetas.

3

Y los navíos pintorescos
de las nocturnas juergas.
Que al Mercado llegaban como a puerto.
El timón, averiado. Y, caídas, las velas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y la acrobacia inverosímil
del golfo bueno —como yo decía—,
mi inseparable Antonio Herrera.
Y
—como una aurora boreal—:

(4

¡La alemanita aquella!)

5

Y las floristas, estas mozas altas
de las suaves campiñas de mi tierra.
Estas mozas robustas,
aurirrosadas, frescas.
De andares armoniosos.
Con su olorosa mercancía a la cabeza.
Transportando jardines a la ciudad morena.
(En sus escaparates de colores,
yo compraba ramitos de violetas.)

6

Y el organillo aquel que se rompía
en matinales gritos de verbena.
Y la pescadería reluciente.
Y los puestos de frutas—festival del otoño.
(Y la chica morena
—sabrosa como un níspero—
con quien desayunaba en un rincón obscuro
del cafetín de la plazuela.)

7

Y el ciego de las naranjas.
Y el lazarillo frágil, dorado como ellas.
Y el otro ciego, el jóven.
Ruiseñor del Mercado.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Divo de callejones y plazuelas.
Con su violín, su acordeón y su guitarra.
Y su voz de barítono, robusta,
vibrante y ágil como una saeta!
Y el otro ciego, el otro.
De voz aguardentosa y sonrisa faunesca.
Que vendía
por unas monedas
de cobre, sus romances
de acciones truculentas,
sus ciruposas décimas
de Cuba,
sus coplas picarescas.

8

Todas mis simpatías
para este poeta.
A quien debí imitar —heróico—
pregonando en el mercado mis poemas.
Por casi nada, entonces,
vendido los hubiera.
Por un beso de golfa.
O un vaso de cerveza.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Otra vez, la Ciudad

A Agustín Espinosa

Otra vez, la ciudad con su abrazo de seda.
El mar, el mar. El Mar.
Y la Ciudad, tendida en la ribera.

El faro de la venta.
El monjil cortadillo doscentista.
(Retardemos el goce de clavarnos
en la Ciudad morena)

Detrás del biombo chino del crepúsculo,
la tarde azul y rubia se nos vela.
(¿Se hace la *toilett* de otro día, Perico?)
Largas cintas se estiran hasta el cielo.
Hincha su cola el abanico negro.
El abanico negro cuya curva se funde
con la curva del cielo.
Y alguien llama a la Luna.
Y le pide —en cuartetas—
que haga trizas las sombras con una carcajada.
(Luna lunera, cascabelera,
la de los niños y los poetas...)

Ay este vino de tinieblas.
Y la Ciudad —abajo— tendida en la ribera.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Sus collares de luces.
Sus gritos perfumados de sirenas.

Entremos —de una vez— en la Ciudad morena!
Bien sé que sus casonas —atropelladamente—
saldrán a recibirme, igual que amigas viejas.
Bien sé que el corazón, perdido en su madeja,
lo hallaré entre las vueltas
de la amada calleja.
Clavado en el ventano de una casucha fea.

Canta, canta, Poeta.
En tu guitarra pueblerina canta
—¡en tu guitarra pueblerina y honda!—
una canción de noche,
con ceniza de ojeras.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La canción lacrada

Un día el vino cantaba en las botellas.

Alfredo de Musset.

Sirenaico alboroto de colores y luces
en la botillería,
Los blancos y los verdes, los rosas y amarillos...
Ah, la canción lacrada de Alfredo de Musset.
¡Cómo quieren saltar de sus vasijas
los delirantes chillidos
disparando los tapones hasta las estrellas!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Taberna

Esta sucia taberna
(de griterías de soldados llena).
Esta sucia taberna
(untada de dulzones canciones marineras).
Esta sucia taberna
(frente a las luces trémulas
del puerto)... me esclaviza
con su mirada negra.

Por aquí vaga un verso de Verlaine,
quizá, de Poë; acaso, de Musset...
Pero no es este —para mí— el hechizo.
Sino esta chica rubia.
Esta frágil muñeca.
Que a la parroquia atiende saladísima,
ligera.
Y es como un hada buena
que derrama un rayito de sol en la taberna.

Ay! Cuando llega esta chiquilla rubia
se nos aroma el corazón
de mañanita azul de primavera.
Ella nos trae un eco de montaña.
Como una música de pastorela.
De campiña de Grieg...
Ya lo sabeis, amigos:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

solo es este el hechizo
de la taberna negra.
Aquí guio mis pasos
en estas noches nuevas.
Entre gritos, canciones y blasfemias
encendidas de ron o de ginebra.
Aquí he montado el taller de mis poemas.
Aquí —por esta niña
saladamente ingenua—
llenándolas de versos, he vaciado
no sé cuantas botellas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La Copla

¡Que honda puñalada
me ha asestado la copla en la calleja!
Esta copla nocturna
de sombra y de tristeza!
Me acuerdo de otros días.
Cuando mi corazón rodó con ella.
Y se clavó una noche en el ventano
de una casucha fea...

(La carne dolorida de la copla
se hace pedazos en la noche negra.)

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Qué Pena!

Ay si yo fuera
uno de esos poetas
galantes;
para elogiar sus ojos
en una rima
pulcra,
digna
de los abates del Renacimiento.

Ay si yo fuera
uno de esos poetas.
Y con música de consonantes
un himno construyera
en honor de mi reina.

Qué pena. Sí, qué pena
que yo
no sea
uno de esos
poetas
que forjan madrigales y sonetos...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y que, por el contrario, haga estos versos
que a ella no le gustan...,
estos desnudos versos,
sin galas de retórica,
ingenuos...,
que me salen así,
casi sin yo saberlo...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Adiós a la Pipa

Ahora —antes de pasar a otro poema—
mereces que te cante,
pipa inglesa;
y que te encienda
en la brasa
de una estrella.
...Dulce amiga morena,
de mis labios siempre suspensa
lo mismo que una novia,
enrollándome siempre en las virutas
de su azul cabellera...

Sí, eres digna de que te bese y que te cante
una vez más, pipa inglesa,
ahora que tendré que abandonarte,
pues lo manda el Doctor...
Adiós, mi novia buena.
Ya nunca más he de tragarme
—en cándidos vellones—
mi diaria comunión:
tu corazón de fuego, compañera...

Adiós, adiós... Ya que no puedo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

hacerte un ataud como yo lo quisiera
—rebrillante de gemas—,
permite que te encierre en el estuche
de este humilde poema.
¡Atado con la cinta de la última espiral.
amada pipa inglesa!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un poco de alegría

A Andrés de Lorenzo-Cáceres, poeta jóven.

¡Que broten mis poemas
como un chorro
de agua fresca!
Y que tengan
la gracia
de esta niña
—vestida de inocencia—,
que me mira curiosa,
y risueña,
mientras escribo estos renglones
en mi libreta.

Sí, que broten mis poemas
como un chorro
de agua fresca.
(Y que lleven un poco de alegría
a los pocos amigos que me lean...)

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009